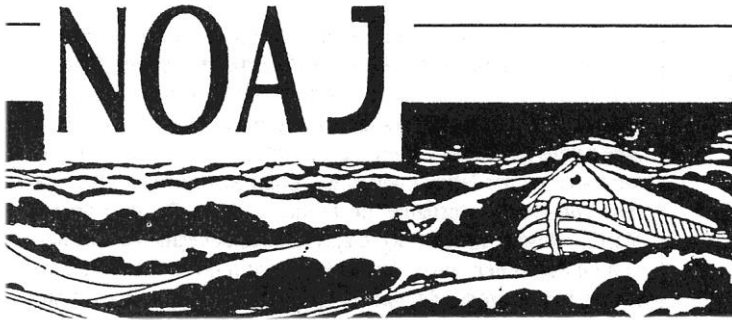




Año II, N°. 2, julio de 1988

Dujovne Ortiz, Alicia. “La carta perdida” (fragmento de la novela inédita *¡Vámos a Vladivostok!*). pp. 93-95

La carta perdida

(fragmento de la novela inédita
"¡Vamos a Vladivostok"!

Caminitos de mulas zigzagueaban a la espalda de Génova. La ciudad, amurallada y de torres, se acomodaba en un espacio avaro entre la montaña y el mar. Hasta en la Piazza Bianchi, claro de Bancos y negocios abierto en el bosque de altas casas austeras, irrumpían las mulas de las caravanas montañosas, perseguidas por un campesino verde de rabia que no sabía si recoger primero aquel reguero de cebollas escasas, o atrapar la estampida.

En Génova, había dos maneras de irse yendo: la de la roca, súbita (desaparecías tras el recodo, acompañado por un veloz olvido); la del mar, extendida, larga, una nostalgia lenta.

— ¡Ah! — suspiró un pelirrojo — cuando estoy embarcado, extraño, y cuando vuelvo, me ahogo.

Uno que andaba también matando el tiempo, y que tenía melenas plateadas lo miró. Se miraron. Vaya a saber por qué nació la simpatía. Aunque ¿nació? ¿O ciertas cosas ocurren, pero al bies, en una zona frágil, delicada, para que otro, al contarlas, les dé peso, y alguien al que relata le va armando las historias de lejos, despacio, riéndose a escondidas, y toda historia, contada por cualquiera, es una gota de su risa? (Claro que, en tales casos, es fun-

damental condición quedarse solos, callados, transparentes diría, para escuchar el leve repiquetear del tiempo en los cristales).

Se miraron, pues, aquellos dos, como podrían mirarse el agua y el aceite. Sin embargo, el verse los mezcló: milagros de los ojos. Nada tenían que ver el uno con el otro, y misteriosamente resultaron como dos caras de una fruta. El pelirrojo (marino, bronceado, con pecas), la del sol; el de las canas, la sombreada. ¿Fruta de Génova, con roca de sombra y luz de mar? El de lo oscuro, en todo caso, vestía de doctor, doctor de leyes, tenía rostro pálido y lleno, tirando a melancólico, y un mentón en tres partes, así: en el medio, mentón verdadero; a ambos costados, descensos de las mejillas configurando zonas de grata blandura que los años irían tornando aún más ligeras, casi como de pura piel con aire. No era gordura, no. Nadie hubiese pensado en tironearle con afecto tales caídas de su ser. Eran derrumbes, señales de algún llamado de la tierra, insistente y secreto, suspiros de una faz. Dijo, con un tonito quejumbroso que de ambos ayes de su cara eran la voz puntual:

— Ay, a mí me pasa lo mismo. Cada vez que regreso...

Y se tocó el corazón como con zarpa de oprimir: lángida, la zarpa, pues era, justamente, hombre de poca garra y se notaba, así que el de pelambre zanahoria le clavó, cual centella, un par de ojazos glaucos donde el jurisconsulto pudo leer con propiedad:

— ¿Que regresas de dónde, viejo mohoso?

Carraspeó el de las leyes, se alisó las polleras y, sin demostrar inquina por lo leído en aguas de esos ojos, explicó: que regresaba de Caffa, en Gazzaria.

¡Mágica respuesta! Todo fue haberla oído, todo fue el marinero de subido color írsele de boca hasta quemarlo con su aliento, tenderle mano, confesar fragoroso que se llamaba Cristóforo Colombo e irradiar todo él unas tormentas que al de triple mentón

**Alicia
Dujovne
Ortiz**

*Alicia Dujovne Ortiz:
narradora y poeta
argentina, reside en
París. Publicó tres
libros de poesía en
Buenos Aires.*

*Novelas: El buzón de
la esquina (1977)
traducida al francés e
italiano; El agujero
en la tierra
(Caracas, 1982).*

*Escribió en francés
Buenos Aires, París
1984 y también varios
libros para niños.
Biografía reportaje:
María Elena Walsh,
Madrid 1980. Es
asesora literaria de
Editorial Gallimard.
Participó en enero de
1988 del IV Encuentro
de escritores judíos en
lengua hispana y
portuguesa en Israel.*

le inflaron esas mangas perdidas y le alzaron el ruedo: sedas negras, flotantes, descubriendo, allá abajo dos puntiagudos escarpines de fineza oriental.

Oderigo, manifestó a su vez. Que me llamo Micer Nicolo Oderigo, abogado y genovés.

Se habían puesto a caminar. Hacia el Puerto, ¿hacia dónde, si no? Se habían detenido frente al Palazzo di San Giorgio, a mirar con orgullo los cinco arcos de la fachada nueva, sostenidos por gráciles columnas donde aún reposaban otros arcos interrogantes, cejas de asombro y ansiedad. Pero sólo al entrar en las recovas de la Rippe, nocturnas y redondas como falda de mamma, el marinero preguntó:

— Y ¿qué hacías en Caffa?

¡Para qué! Aquí encrespó su buche de palomo Micer Nicolo, y se largó a narrar, incontinente:

Que el susodicho Banco, el de San Giorgio, lo había mandado a recorrer unas colonias suyas del Mar Negro, Caffa, Sudak, Cembalo, el litoral de la Gozia, Bactiarum en el Mar de Azov, que uno por uno había visitado a tanto Cónsul de la amada República, y compartido su temblor, pues la ruta mongol, la de la seda y las especias, tomada por el Turco... Cristóforo Colombo bufaba.

— Me imagino — cortó — que no te habrás costestado hasta Gazzaria para dormir la siesta. Otra cosa me importa. El nombre. Gazzaria. Jazaria. Me hace pensar en...

No dijo en qué. Sobre sus labios casi se formó: "Iehuda Halevy". Pero ¿puede decirse Iehuda Halevy, en 1473, sin que se huele el resto? Así que no lo dijo y sin embargo, el leguleyo aquel, que había leído poco antes en sus ojos y sin ofensa lo del moho, leyó también en esos labios cerrados lo indecible, el dolor de no hablar. Produjo entonces, de repente, cierta cosa suavísima, llena de

gracia, que era sencillamente su sonrisa. Dicho derrumbe de su cara detenía el gotear, y una dulzura maliciosa le nacía: su sonrisa, sin más, la de haber entendido, la de ser amigo y hasta cómplice. Cómplice ¿de qué? No insistamos. Hay sonrisas así: son codazos discretos en costillas del alma. Le contestó, bajándole la voz, agregando a su gentileza el cuchicheo:

— Gazzaria, Jazaria, ¿no lo sabías?, se llama así por unos tártaros judíos, a los que llaman jázaros, refugiados allí. No digas que no tiene su gracia: ¡tártaros judíos!

Mientras hablaba, miró hacia el mar. Era un anciano de ojos desvaídos y sin embargo evocadores. Cristóforo miró también. Sobre la línea de nieblas que juntaba el final de las aguas con el arranque de los cielos, apareció una escena imborrable que el marinero habría de recordar años más tarde, cuando yacía ya, pura pregunta, bajo cierta palmera extraña, endemoniada, ignorada en Cathay, palmera que no figuraba en ningún libro de Marco Polo ni de nadie, y que, al irle alborotando las dudas, lo volvía más terco.

La escena es la siguiente. Puertas amuralladas de la ciudad de Caffa. Por enfrente, otro mar, al que le llaman Negro. Micer Nicolo, Embajador genovés, conversa animadamente con un hombrecito marfileño y retacón, ojos de chino, socarrones, tristes bigotes, gorro de caracul y un inmenso capote de hombros alzados, altos, duro, amenazante casi, cayéndole como campana de hierro hasta los pies.

Ese hombre es el maestro de los últimos jázaros que viven por las orillas del Mar Negro. El es quien les enseña Torá. Se están yendo hacia el Norte. El Turco se aproxima y es prudente partir:

— Somos judíos.

Dice, como si su destino, lejos de abatirlo, le encantara.

Oderigo produce, no la cosa suavisima, que es su sonrisa, sino un montón de sacudones, que son su risa. No se sabe reír. Entre higos articula que judíos, él ha visto en su vida, Dios sabrá solamente si para mal o bien, pero como ésto, inunca! ¿Con esos pelos lacios y retintos, de un brillo azul? ¿Con esos rasgos oblicuos, tirantes, como si les ataran los pellejos detrás de las orejas? (Piensa en sus mentones, a los que alisa y tironea ante el espejo, cuando nadie lo ve). ¿Judíos, con ese andar japonésito, a saltos leves?

— Sí señor, judíos — replica el amarillo con voz blanca.

— Pero ¿por qué?

A todas luces el marfileño está cansado de repetir el cuento. Repite, sin embargo:

— Porque habrás de saber que hace ya mucho, mucho tiempo, nuestro buen rey Bulán recibió la visita de un ángel que le dijo: “Conviértete”. Ahora bien, conviértete, ¿a qué? Comprenderás: descubrir los detalles, cuando se trata de ángeles no es simple. Ellos sólo dicen lo esencial. El rey Bulán llamó pues a un obispo cristiano, a un Imán musulmán y a un rabino judío, los escuchó a los tres y se quedó con el judío.

— ¿Cómo que se quedó con el judío? — interroga Oderigo, absorto.

— Como lo oyes. Con el judío, sí.

— Pero ¿y por qué?

— Pues porque comprendió que de las otras fes, cristiana y musulmana, la judía es la fuente.

“Madonna Santa”, piensa el genovés, y agrega en su cabeza: “Ser judío de nacimiento, qué remedio, aguantarse, pero ¡judío de adopción, y por obra de un ángel viejo y ajeno que ni a uno mismo se le muestra, qué desgracia espantosa!”

Desliza, diplomático:

— ¿Y si Bulán se hubiese equivocado?

Se encoge de hombros el petiso, harto de alegar. Insiste el otro, menos diplomático, tratando de enmendar ese yerro que se le antoja injusto:

— ¿A qué porfiar en el error?

Cristóforo en su isla futura, bajo su palmera incomprensible recuerda y siente frío, pese al aire tan dulce. Bien que le van al alma las palabras “porfiar en el error”, y la respuesta del amarillo que por fin, como si hablara con niño, con bestia o con tarado, dignase abrir su boca mustia, de cera, perdida bajo los lutos del bigote, para puntualizar, pero con negligencia, haciendo oídos sordos al “errar”, que en errabundo lo convierte:

— Cristiano bobo. ¿No ves que, justamente, ser judío es porfiar?



Alef
Revista de literatura
Israel
Director: Gabriel Lerner
Editada por Editorial Alfíl, Tel Aviv

Redacción: Fabiana L. Heifetz, Arnoldo Kierszenbaum, Carla Isaak, Eduardo Minesas, Daniel Mordzinsky, José Luis Najenson, Iehudá Ofer, Víctor Isidoro Pomerantz, Leonardo Senkman, Daniel Stawsky, Oded Sverdlik-Sever

Redacción: Allenby 97, Tel Aviv, P.O.B. 36496 Tel Aviv 61364